

Andrés Abel

El corazón florecido

La casa entera está latiendo. Un temblor de tierra acompasado, a ritmo de sístole y diástole. No tan fuerte como para descolgar los cuadros de las paredes o reconfigurar la porcelana contra el suelo, pero sí para agitar a Eelsa y arrancarla de su sueño.

En el dormitorio: la chimenea se ha encendido. Y la lumbre no proyecta tantas luces como sombras.

Los dibujos del dosel, el paisaje marino que podría estar bordado con hilos de oro o con cabellos de su melena, le dan la bienvenida como lo hacen cada mañana. Pero hoy aún falta mucho para el amanecer.

Se incorpora sobre la cama, baja los pies a la alfombra para alzarse. El camisón llega hasta el suelo y sin embargo la gasa violeta no oculta ni una pieza de su desnudez: ni las lunas de su pecho, ni las largas cicatrices que se cruzan en su espalda, ni los cinco tatuajes repartidos por su cuerpo.

Las cinco anguilas guardianas de Eelsa.

Echa un vistazo a la puerta entreabierta del baño, a la danza de las llamas en el hueco de la chimenea. Sale sin calzarse los tacones que han volcado junto a la cama, al lado del vestido de noche estrellado, en busca del origen del latido que retumba desde las profundidades.

En el corredor: las ventanas se han abierto de par en par. Las cortinas ondean en fila, azuzadas por el viento, y los rayos de una luna gigante se reparten por los huecos ojivales.

La diferencia de temperatura contrae los músculos horripiladores de Eelsa, haciendo que se le erice la piel. Si tuviese el cuerpo cubierto de pelos, como un gato, quedarían de punta y se formaría una bolsa de aire entre ellos que la mantendría caliente y la harían parecer más grande y amenazadora. Pero no hay nada entre su carne y el camisón que pueda protegerla del frío, ni de aquello que palpita en los cimientos de la casa.

Cuando llega a la altura de la primera cortina y esta se roza contra su mano, retira el brazo asqueada. No es el tacto suave que recuerda: la cara interna está pegajosa, como si la hubieran untado con miel. Sigue adelante e intenta evitar el contacto con las demás acercándose a la barandilla que rodea el hueco sobre el vestíbulo. El pasamanos de ébano sí conserva su familiar textura. Navega por él con los dedos. La cortina al final del corredor, la más cercana a las escaleras, apenas se mueve. Tiene un gran bulto en el centro. Un enorme orzuelo en el último párpado de la planta. Eelsa va acortando sus pasos hasta distinguir de qué se trata.

La polilla, del tamaño de un bebé crecido, está prendida a la cortina como un broche velludo. Cuando se despegas deja un rastro de polvo en el aire. Los latidos de la casa se aceleran. El desproporcionado insecto revolotea dando bandazos, y con cada uno de ellos se aproxima más a la posición de su observadora.

Fin del fragmento

Consigue el eBook completo en
<https://lektu.com/l/andres-abel/el-corazon-florecido/19000>